

# UN LEGADO MUY DULCE

Esta es la historia de una saga, que comenzó con el nacimiento de mi bisabuelo Florencio, el 9 de mayo de 1888. Un hombre bajito y rechoncho que decidió emprender un dulce negocio y que ya lleva tres generaciones funcionando.

No sé, si mi hermana o yo mismo, seremos la cuarta generación. O si con mi padre se terminará la tradición familiar, pero como eso es futuro, no se puede saber.

Mi bisabuelo Florencio nació en Alfaro (La Rioja). Pasó allí su niñez y cuando entro en su adolescencia, salió del pueblo para aprender un oficio.

En aquellos años, era común, que las familias dejasen que sus hijos fuesen con otras familias para aprender oficios artesanos y así ayudar y trabajar para la familia que te acogía como un hijo. Además, con eso se conseguía que las familias menos pudientes, a parte de darle un futuro a esos hijos, quitasen una boca de casa, con lo que el gasto familiar se aliviaba por ambas partes.

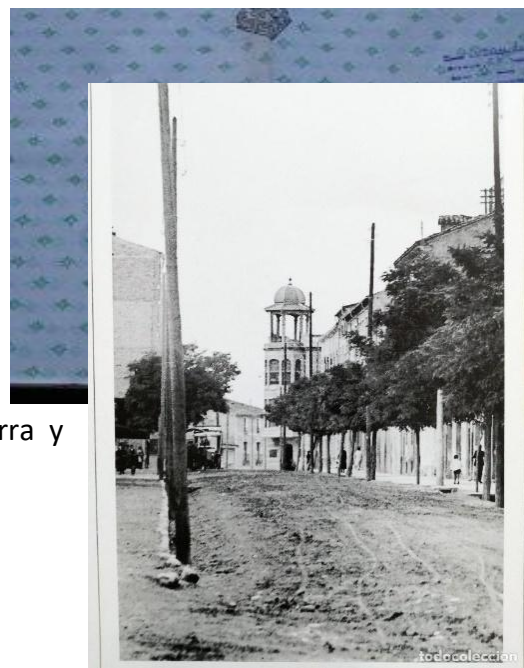
Pues el bisabuelo Florencio, fue uno de esos adolescentes que salió de su pueblo, para ser acogido por una familia de pasteleros de Madrid. Allí, ayudaba como aprendiz en él obrador y aprendía el oficio. El trato fue tan familiar que muchos años después, cuando nació mi padre, ellos ejercieron de padrinos de mi padre.

Le gusto tanto a mi bisabuelo este mundo, que recorrió varias ciudades del norte de España: Madrid, Biarritz, San Sebastián, Bilbao...trabajando en los mejores hoteles y sus cocinas e incluso en el sur de Francia. Mientras se iba formando entre fogones, de vez en cuando venia a ver a la familia a Alfaro y así, fue como conoció a la bisabuela Angela, y donde nació parte de esta historia.

Cuando llevaban un tiempo de noviazgo, a distancia, por cartas y con el consentimiento de las familias, decidieron casarse y afincarse en la localidad de Calahorra.

Aunque cuentan que era muy buen cocinero, incluso mejor que pastelero, decidió emprender y poner una pastelería, que llamó Monopol. Lo hizo a la edad de 35 años, inaugurándola justo el 9 de mayo de 1923, el día de su cumpleaños.

El sitio elegido por el bisabuelo para poner su pequeño negocio fue la calle Cavas. En ese momento, era una de las calles con más afluencia comercial de la ciudad de Calahorra y



centro neurálgico de bancos, correos y transportes. Los autobuses de línea de aquella época: la Exclusiva, la Peruca, la Estellesa y muchos otros, tenían su parada al comienzo de la calle, justo en el lado de la pastelería. Había unos arcos anexos al edificio, que es donde paraban los autobuses y en sus bajos estaba la pastelería. Ellos, vivían en el segundo piso, justo encima de la pastelería. Era muy común en esos años, tener la vivienda encima de donde tenías ubicado el negocio y que toda la familia se dedicara a él.



En la misma calle, enfrente se encontraba la Oficina de Correos y una pequeña taquilla para vender los billetes del autobús por adelantado.

Hay que decir que, aunque la pastelería lleva muchos años en esta calle, hay más negocios que también estaban entonces, y que a día de hoy siguen estando o acaban de desaparecer: como los Aznar o los Tutor, que ya en esos años, tenían allí sus negocios.



Entre los tejidos Aznar y la pastelería, se encontraba el bar Cano, siempre lleno de gente que iba y venía, esperando el autobús o haciendo un pequeño descanso, mientras iban de compras o de recados.

Seguido de la pastelería, se encontraba la relojería de Usicinio Gutiérrez; “Usi” y un poco más allá, estaba un pequeño taller de reparación de calzado, el de “Pablo el zapatero”. Luego, una tiendita de venta de máquinas de coser de la marca Alfa, que se llamaba como las máquinas; donde también las reparaban y enseñaban a las muchachas a manejarlas, dándoles cursillos de bordado y costura. En esos años era muy normal enseñar el manejo de las maquinas a cambio de que las comprasen.

En el centro de la calle Cavas, en la misma acera de la pastelería estaba “La alimenticia riojana”, que vendían al por mayor a las tienditas pequeñas de comestibles de toda la zona, no vendían por kilos sueltos, tenias que llevarte por sacos, cajas o en gran volumen. Era como nuestro Com y Com, pero de entonces.

A continuación, estaba la tienda de artículos de decoración y lámparas de la familia “Arraiz”. Seguido, estaba el pequeño almacén de frutas y verduras Angómez, que sigue en nuestros días, pero ya en el polígono. Si siguiéramos la acera, había más negocios y algún que otro bar.

En la otra acera, justo en frente del almacén de los Angómez se encontraban los cines Goya.

Viniendo hacia la calle Mártires, algún que otro comercio entre los que se encontraba la joyería Tutor, la peluquería de los hermanos Sigüenza o la tienda de “Destilerías la Fuente”. A continuación, enfrente de la pastelería, como he comentado antes, estaba la antigua Oficina de Correos, terminando la calle se encontraban las Oficinas del



Banco Vizcaya.

En el cruce a cuatro calles donde desembocaba la calle Cavas, se encontraba el Casino Principal en una esquina y en la otra el banco Hispano Americano. Desde allí, se podía



subir a la plaza del Raso, donde se celebraba el mercado y las gentes de Calahorra vendían las verduras que criaban en sus huertas; era normal ver subir a los calagurritanos con sus mulas y sus carros para vender sus productos.

Como se puede ver, la calle Cavas era entonces junto con la zona de la calle Mártires, Grande y plaza del Raso zona neurálgica de la vida de los calagurritanos, y el bisabuelo Florencio eligió este lugar para vivir y ejercer su dulce profesión.

Cuando comenzó la guerra civil española, el bisabuelo ya era muy mayor para ir a la guerra, casi 50 años. Además, el destino no quiso que fuese y un accidente doméstico, ayudo a que tampoco lo llamasen (se fracturo una pierna de tal manera que paso esos años intentando reponerse de su accidente). No sé, si es porque no vivió tan de cerca los horrores de la guerra o porque era una persona muy bonachona, cuentan que él siempre era muy amable y estaba al servicio de los demás.

En Calahorra, en la calle Cavas, tuvo tres hijos, dos varones y una chica. Florencio el mayor, que falleció; mi abuelo Agustín y Angelines. Con el paso de los años, se fue haciendo un dulce hueco en las celebraciones de las casas de los calagurritanos: día del padre, de la madre, cumpleaños, día del Carmen, Sta. Catalina, San Blas...etc.... iba endulzando con sus bollos de merengue, sus hojaldres y sus pasteles, las celebraciones.

Mi abuelo siguió con la dulce tradición que, en esta ocasión, sí aprendió el oficio de su padre, aunque estuvo afianzando sus conocimientos con la familia Duran, unos amigos pasteleros de Madrid. Y fue él, mi abuelo Agustín, quien acogió a chicas que venían a servir en el obrador de pastelería.

Con los años, la pastelería cambio de local y de nombre (paso de "Monopol" a pastelería "Agus", por mi abuelo Agustín) pero no de calle. Se traslado justo enfrente en la misma calle Cavas y allí permanece hoy en día, haciendo la vida de los calagurritanos un poco más dulce.